

A continuación dos cuentos de la Doctora María Cristina Vega de Ciceri que ocuparon los primeros lugares en el concurso de Cuento Uniandino Ramón de Zubiría Versión XII y XI

María Cristina Vega de Ciceri¹

¹ Pregrado en Filosofía y letras, Universidad de Los Andes; Relaciones Internacionales y Diplomacia en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Especialización en Relaciones Internacionales y lingüística comparada. Historia. Se autodefine como una estudiante permanente.

La herencia*

Le dolió. Sí, todos notaron que le dolió porque apretó los labios y los puños cuando al entrar en el café, algunos contertulios lo reconocieron y le gritaron: “¿A qué volvió? ¿No recuerda que este pueblo odia a toda su familia?”, mientras otros jugaban billar o simulaban escuchar la canción que salía de la rockola. El ambiente se volvió tenso y todos los ojos estaban puestos en el recién llegado. Por un instante vaciló. No supo si tomar asiento o salir corriendo. El miedo lo paralizó. El corazón parecía un caballo desbocado en medio del pecho. Al fondo de la taberna, alcanzó a distinguir la figura de Eliécer, su incomparable amigo de la infancia. Sus ojos se encontraron una fracción de segundo y entonces Martín creyó ver en la mirada de su amigo, una actitud incrédula primero y después, acusadora...

“¡Pero por Dios! ¿De qué lo podía acusar?”. Él no había cumplido siete años cuando ocurrieron los hechos. Al fin de cuentas, ni siquiera supo qué pasó, pues cuando la gente comenzó a correr hacia la plaza, su abuela lo agarró del brazo y lo encerró en un cuarto. Como pudo, el chico logró alcanzar la ventana y desde allí observó que la gente gritaba y corría de un lado al otro, pero no entendía qué estaba pasando. Después de cierto tiempo, el barullo se calmó. Martín advirtió que su abuela hablaba en voz baja con alguien en la casa. Entreabrió la puerta del cuarto y alcanzó a ver a dos hombres con la abuela que lloraba, se sonaba y secaba las lágrimas con el delantal que tenía puesto. De vez en cuando, se llevaba las manos a la cabeza y luego al pecho, como si

no pudiera respirar. Al cabo de cierto tiempo, se dirigió con los hombres al zaguán, se sintió abrir y cerrar el portón y enseguida, volvió llorando y se dirigió a su cuarto.

Martín no sabía qué hacer y no entendía por qué estaba encerrado en un cuarto de la casa de la abuela, sin saber dónde estaban su papá y su mamá. En realidad, no supo cuánto tiempo transcurrió, cuando la abuela volvió donde él estaba y le dijo que tenían que salir de la casa por la puerta del solar. Martín reparó que a los pies de la abuela había una maleta y encima de ella un sombrero y una pañoleta. Se sintieron pasos y un golpe seco en la puerta. La abuela tomó algunas precauciones y preguntó quién era. Martín reconoció la voz de la muchacha de su casa y quiso salir a su encuentro porque pensó que venía por él, pero una mirada enérgica de la abuela le indicó que no se podía mover de donde estaba.

La muchacha cumplió el mandado y la abuela cerró la puerta con doble tranca, pues ya era muy tarde. Volvió al lado del nieto con una pequeña maleta que abrió para sacar una muda de ropa, lo cambió y le ofreció algo de comer. Se quitó el delantal, dejó las maletas una al lado de la otra, tomó al nieto contra sí y se puso a rezar.

Después de cierto tiempo, Martín despertó porque un hombre que hablaba con su abuela, le exigía que se fueran pronto. De tal manera que atravesaron el solar, salieron de la casa por la parte trasera, y amparados por la oscuridad, subieron a un carro que los estaba esperando.

* Cuento finalista en la XII versión del Concurso de Cuento Uniandino Ramón de Zubiría.

Durante varios días, Martín no puede precisar cuántos, viajaron en la noche. En varias oportunidades preguntó por su mamá y por su papá, pero la abuela le pedía silencio o le decía que no fuera impaciente. Después de un tiempo, las condiciones cambiaron y entonces viajaban de día y con cierta calma. Martín se adaptó a su abuela y le tomó más cariño, aunque a veces lloraba cuando se acordaba de su papá y sobre todo, de su mamá. “¿Cuándo estaré con ellos? ¿A dónde me lleva la abuela?”. Aunque la mujer se desvivía por el nieto, lo consentía y le decía que pronto terminaría el viaje y estarían a salvo, Martín casi no entendía sus palabras, pero de tanto escucharlas se le quedaron grabadas para siempre, así como la fisonomía del conductor y del otro hombre que los acompañaban.

Cierta mañana, entraron en un restaurante en el marco de una plaza para desayunar. A pesar de su corta edad, Martín ya había captado la importancia del sigilo, el secreto y la prudencia, así que ya no preguntaba lo que no entendía y simplemente se limitaba a lo único que podía hacer, observar y esperar. Dedujo que el hombre volvería porque sirvieron cuatro desayunos. En efecto, volvió muy pronto y ante los ojos interrogantes de la abuela, el hombre respondió con una sonrisa, se sentó y comió rápido. Continuaron el viaje en medio de un ambiente menos tenso.

Al llegar a un puente, unos hombres con uniforme se acercaron al carro para solicitar los documentos que el compañero del conductor entregó con naturalidad. Después de observarlos minuciosamente, el guardia los devolvió y autorizó el paso. La abuela dijo “gracias” y unos metros más adelante, abrazó al nieto y le dijo que estaban a salvo. Martín, continuaba sin entender, pero tampoco quiso

indagar con la abuela tantas preguntas que llevaba dentro. A partir de entonces, la abuela no paraba de hablar, de esto, de aquello, de la nueva vida que comenzarían y de lo seguros que estarían. Martín se preguntó: “¿Estábamos en peligro?”.

Hizo un examen de su corta vida y así fueron pasando las imágenes más frecuentes. Muy temprano, su mamá lo llevaba al colegio y allí permanecía hasta el mediodía. Volvía a la casa, almorzaba y luego su amigo Eliécer lo buscaba para jugar; salían a la calle, atravesaban la plaza y buscaban qué hacer. A veces se unían a otros chicos más grandes y por supuesto, la diversión era mayor porque aprendían cosas y conocían lugares y rutas que solos no se atrevían a explorar. Así aprendieron a nadar en un pozo de la quebrada que era la delicia para todos los chicos del pueblo. Otras veces jugaban fútbol o tiraban el trompo que cada niño siempre tenía en un bolsillo del pantalón. Aunque a veces los invitaban a jugar bolas, Martín casi nunca aceptaba porque siempre perdía y los otros niños se burlaban de su falta de precisión en los tiros. Sin embargo, no sentía rencor por la forma como lo trataban sus compañeros de juego, sino tristeza porque intuía que no los volvería a ver.

Una noche llegaron a la casa de la tía Martha que tan pronto vio a la abuela se abalanzó sobre ella gritándole “mamá”. Martín supo que era la hermana de su padre y que desde ese instante viviría con ella y la abuela. Así pasaron trece años durante los cuales, Martín se acostumbró a la nueva vida, y se convirtió en el centro de atención de su tía viuda y su abuela paterna. A decir verdad, nada le faltó jamás, a no ser la presencia de sus padres, por quienes preguntaba a diario, sin recibir una respuesta satisfactoria.

Cuando iba a hacer la primera comunión, escribió una carta a sus padres para pedirles que lo acompañaran. La abuela se comprometió a enviarla y aunque Martín no vio la respuesta, la anciana le informó que no estarían con él. Martín lloró muchas noches e hizo numerosos propósitos para cuando pudiera valerse por sí mismo. El chico fue creciendo y se volvió retraído y poco sociable, pese a que era un joven popular en el barrio y en el colegio; tenía invitaciones frecuentes y a veces lo consideraban compañero imprescindible. Prefería quedarse en su cuarto, leyendo o viendo televisión.

De sus padres no había vuelto a saber algo y jamás recibió una carta o una llamada que le indicara que todavía eran vivos; por este motivo, había decidido que al terminar el bachillerato, volvería al pueblo para saber qué había ocurrido esa noche cuando debió salir corriendo con su abuela. De tal manera que no quiso entrar en la universidad, sino que se puso a trabajar en un restaurante y comenzó a ahorrar para hacer el viaje. Después de dos años, había conseguido suficiente dinero para realizar su sueño y una noche, tomó el camino de regreso en medio de la oscuridad, en un pasaje muy similar al primer viaje. No se despidió de su tía ni de su abuela porque estaba dolido con su silencio.

Llegó al pueblo pasado el medio día, y comenzó a moverse con sus instintos. Ubicó la plaza y cuando se dirigía a comer algo, una mujer se le acercó y lo abrazó, diciéndole: "Mijo usted es el vivo retrato de su papá, alma bendita". Así supo que aquella noche, su padre pasado de copas, había intentado tomar por la fuerza a una joven que se resistió y comenzó a gritar en la trastienda. El padre de la joven corrió en su auxilio, revólver en mano. La madre de Martín voló a defender a su marido, y al llegar a su lado, recibió el primer impacto y cayó

muerta. El segundo disparo atravesó a la joven y a su agresor.

En menos de dos minutos, hubo tres cadáveres en el piso y ante la cruda realidad, el padre intentó suicidarse, pero lograron desarmarlo. Los hermanos mayores de la chica juraron venganza y por eso Martín y su abuela tuvieron que salir del pueblo esa misma noche. Martín acababa de saber que la joven agredida por su papá era la hermana de su amigo Eliécer. Ahora estaban frente a frente y se habían reconocido al instante.

Martín se acomodó en una silla, con la pared detrás y cerca de la puerta. Un sudor frío le bajaba por pecho y espalda. Las emociones lo atragantaban y casi no podía respirar. No quitaba los ojos del fondo donde estaba Eliécer, mientras los lugareños comenzaron a moverse; algunos salieron para evitarse problemas y otros fueron tomando sitio cerca de los dos jóvenes. El movimiento cesó y el silencio se apoderó de toda la estancia porque la rockola no recibió más monedas.

De pronto, Martín observó que su compañero de infancia se había levantado y se dirigía hacia él. Los asistentes se miraban y gesticulaban, pendientes del mínimo detalle, pero ninguno se aprestó a detener una posible tragedia. Cuando Eliécer estaba a dos pasos de su sitio, Martín se levantó para esperarlo.

Contra todo pronóstico, los dos jóvenes se fundieron en un abrazo y lo único que se oyó fueron las recriminaciones de Eliécer. "Hermano, ¿por qué se fue sin saber a dónde? ¿Por qué nunca volvió ni escribió? ¿Por qué tuve que crecer sin mi amigo de infancia?". Martín fue respondiendo una a una todas las preguntas y los parroquianos quedaron conmovidos con la escena. Abrazados y felices, los dos amigos salieron a recuperar el tiempo perdido.

La decisión*

Nunca lo pudo entender. Todos sus compañeros, desde las épocas del jardín, se burlaron de él, porque jamás pudo robar un dulce ni quedarse con algo que no le perteneciera. Esa formación tan estricta, con patrones definidos en claroscuro, sin términos medios que le inculcaron sus padres, le impedía tomar lo que no era suyo. Por eso, siempre recogía el balón abandonado en la cancha, la camiseta olvidada en el jardín, el lápiz, el esférico, el portaminas, el cuaderno, la cachucha, el borrador y cuanto elemento o prenda encontraba en su periplo diario por los vericuetos del colegio, bien fuera en corredores, aulas, baños, comedor, canchas, capilla o patio principal. Lo más sorprendente era que siempre encontraba a su dueño. Mejor dicho, siempre le preguntaban a Mario si había visto tal o cual cosa. Como un resorte, corría a buscarlo para entregarlo al propietario que preguntaba por él.

Por supuesto que esta disposición, en lugar de reportarle agradecimientos por su oportuna intervención para recuperar las pertenencias emboladas de sus compañeros, le trajo un sabor amargo, porque lo consideraban como un individuo sin agallas, incapaz de apropiarse de lo ajeno. Y en lugar de resaltar esta cualidad, todos en mayor o menor medida, se burlaban de su inquebrantable honestidad, la que precisamente lo hacía un compañero no confiable para realizar pilatunas y asaltos primero a las loncheras de sus propios compañeros y tiempo después, al depósito de la tienda del colegio.

Con el tiempo, se fue acostumbrando que su llegada a un grupo en el recreo, producía la mayoría de las veces, un silencio inmediato. En su presencia, sus compañeros de clase, hablaban en clave o se entendían por medio de señas que levemente, alcanzaba a interpretar. Por lo general, se trataba de indicar el sitio seguro para planear alguna picardía y por supuesto, Mario no podía conocer los pormenores porque tenía fama de sapo y soplón, aunque no recordaba haber hecho algo para merecer estos apelativos.

De las aventuras en el patio del colegio, se pasó a la vida extracurricular y durante esta época, el problema se agigantó porque nadie lo tenía en cuenta para los programas de fin de semana. Esta circunstancia hizo que Mario aprendiera a manejar la soledad y se refugiara en los libros y en sus compromisos académicos. Su dedicación al estudio, le reportó magníficos resultados, pero a la vez, agregó un nuevo ingrediente para que sus compañeros se aprovecharan de él y muchas veces, debió canjear una tarea por un cupo en una actividad de fin de semana.

Con todo, Mario aprendió a tolerar y sacar provecho de esta situación, pues jamás protestó formalmente ni alimentó deseos de venganza. Todo lo contrario, se mostraba como un ser equilibrado, amable y servicial, cualidades que fueron resaltadas bajo la foto suya que se incluyó en el respetivo anuario del año de su graduación.

* Cuento finalista en la XI versión del Concurso de cuento Ramón de Zubiría de la Universidad de los Andes.

Secretamente, creyó que al ingresar en la universidad, la situación cambiaría en forma radical y se propuso mostrarse menos rígido frente a las actuaciones algo impropias de sus futuros compañeros.

Pero la realidad fue muy distinta. En primer lugar, porque algunos compañeros de colegio, entraron en la misma universidad que Mario y a la misma facultad, lo cual hizo imposible que él tratara de ser una persona diferente. Esta escueta realidad le produjo desesperanza en los primeros días de su carrera profesional.

De todas formas, Mario muy pronto fue tenido como persona recta y cumplidora de sus deberes en la universidad y sus compañeros de colegio, tal vez cansados de hacerle la vida imposible o enfrascados en nuevas situaciones, se dedicaron a estudiar y se olvidaron de la existencia de Mario.

Esta posición, le permitió a Mario conseguir amigos y organizar su propio grupo de estudio, así como disfrutar de una relativa vida social. Sin embargo, también se le presentaron oportunidades para mostrarse inflexible ante conductas reprobadas por su conciencia, como aquella vez cuando lo invitaron a robar en las librerías del centro de Bogotá y él se negó, aduciendo que no estaba acostumbrado a tomar lo ajeno. Sus nuevos compañeros entendieron la posición, pero Mario se sintió incómodo y con un sabor agridulce en la boca.

Fue la primera y la última vez que lo invitaron a participar en un hecho de tal naturaleza. Nadie se burló ni lo recriminó y tal vez por esto mismo, se sintió tan dolido con la fortaleza de sus principios y se preguntó muchas veces, si esa posición tan vertical no lo llevaría a

posiciones intransigentes que darían al traste con su desempeño profesional. Pero a la hora de la verdad, no tuvo tiempo de cuestionar el asunto, debido a la exigencia intelectual de su carrera que le acaparaba muchas horas.

Mario se graduó con magníficos resultados académicos y los mismos profesores lo impulsaron a presentarse a una buena empresa para iniciar su vida profesional. En consecuencia, fue prácticamente el primero de su promoción que logró engancharse en una buena empresa de reconocido prestigio y sus cualidades fueron tenidas en cuenta en el momento de preferirlo sobre los demás candidatos.

Pero Mario continuó preguntándose por qué era tan pusilánime en aquellos actos que sus compañeros se mostraban decididos y avezados. Aprendió a controlar sus emociones frente a comportamientos que no compartía, pero en su propia soledad, se sentía disminuido y acobardado porque había llegado a los 30 años, sin poder robarse un caramelo de un supermercado.

Leyó y leyó toda clase de novelas policíacas, cuyas historias complementaba con la lectura de las páginas rojas del periódico. De la teoría pasó a la práctica. Durante muchos días se imaginó que entraba en un almacén y como un protagonista de novela policíaca, lograba apropiarse del dinero que reposaba en la caja registradora. En otras oportunidades, su objetivo era una entidad bancaria, a la cual robaba, tomando el dinero de manos de un cajero. Para Mario se volvió una costumbre, dormirse después de realizar un robo imaginario. En esta forma, pretendía ahogar el complejo de inferioridad que sentía ante la audacia de quienes podían apropiarse de lo ajeno con tanta naturalidad.

Mario era apreciado en su trabajo y con frecuencia le decían que tenía cierto aire intelectual que inspiraba confianza en sus relaciones con los demás. Así las cosas, cierto día entró en un almacén por departamentos, para escapar de un aguacero torrencial que caía sobre la ciudad.

Se acercó a las corbatas y cuando ya tenía una en la mano, la abandonó porque comprendió que era muy complicado salir con una corbata sin envolver. Trató de serenarse y se acercó a los paraguas... Por ser temporada de lluvias, era factible que en el almacén creyeran que Mario había entrado con uno. Sin embargo, se puso a pensar que era muy notorio salir con un paraguas que no había sido usado, y lo dejó otra vez donde lo había tomado.

Se repitió entonces, una y otra vez, que no saldría del almacén sin haber robado algo.

Instintivamente, miró su muñeca para ver la hora y recordó que no llevaba su reloj. Con una determinación desconocida hasta entonces, llegó al departamento de caballeros, miró en todas direcciones, comenzó a temblar y con una velocidad inusual, alargó su mano y alcanzó uno de los relojes expuestos en una vitrina y rápido lo aseguró en su muñeca.

En seguida, observó cuál era la puerta más cercana para salir y se dirigió hacia ella, sin advertir un enorme letrero que anunciaba que ese acceso estaba en reparación. Había adoptado una actitud desafiante para encaminarse a la puerta elegida, mirando en todas direcciones para controlar si alguien lo estaba siguiendo. Con una sonrisa de satisfacción, se repetía “estoy llegando a la puerta, parece que nadie me vio...”.

De pronto, un vigilante se acercó solícito a Mario y le dijo, -doctor, no hay salida por esa puerta... Estupefacto, Mario respondió: ¿De cuál reloj me habla? ...